

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: ROBERTO ROBERT.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 30 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos.

Administración y Redacción, Fuertas, 82, pral.

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Desde que el señor ministro *inamovible*, y no sé si diga inviolable, D. Práxedes Mateo Sagasta, manifestó su caritativo deseo de que la mayor parte de los periodistas estuviésemos en presidio, puedo asegurar á Vds. que tomo la pluma con temor y que me tiembla la mano al escribir; y eso que—si bien se mira—yo menos que otro cualquiera estoy en peligro, porque al cabo *su excelencia* no puede menos de estar agradecido á mi adhesión desinteresada.

Yo, permítaseme este alarde de amor propio, yo he sido el iniciador del pensamiento de erigir una estatua al señor ministro; ya sé yo que eso es justo y razonable: hasta comprendo que D. Práxedes merece eso y mucho más; pero, así y todo, y por muy justa que sea la recompensa, siempre tiene algún mérito el haber dicho la primera palabra.

Pues bien: con todo esto, declaro á Vds. sinceramente que estoy atemorizado, como discípulo que observa el enojo del maestro.

¡Oh! Y gracias á que D. Práxedes se digna respetar á los tribunales por ahora, si bien es muy posible que su paciencia se agote y deje de respetarlos, y entonces, ¡ay de nosotros, los que un día tuvimos la HONRA de ser compañeros de *su excelencia*!

En tanto que llega este caso, y hasta que el ya repetido D. Práxedes mande muy enhoramala al poder judicial, como lo hará el día menos pensado, aprovecharé la ocasión para aventurar algunas respetuosas consideraciones acerca de lo que por esos mundos ocurre.

¡Ay, Dios sólo y D. Práxedes sabrán cuándo nos veremos en otra!



Pero vaya si tienen razón los enemigos de la república en asustarse: yo puedo asegurar á Vds. que nunca oigo hablar de los *rojos* y de la *Commune* sin que los cabellos se ericen sobre mi frente; ¡qué horror!

¡Aquello es espantoso!

Napoleon III, despues del glorioso 2 de diciembre deportó á unos *ochenta mil franceses*, separó de sus familias á muchos millares de ciudadanos, hizo ametrallar á su leal pueblo de Paris, amordazó la prensa, si señor; pero todo esto se hizo en medio del mayor orden y con toda la tranquilidad posible: aquello era sistemático y perfectamente arreglado.

Despues de diez y ocho años de sufrimiento, despues de haber agotado el manantial de todas sus lágrimas y la fuente de todas sus riquezas, el pueblo francés se ve abandonado por el César y toca la realidad del engaño.

Mientras el desdichado obrero trabajaba muchas horas al día con el fin de adquirir lo indispensable para sostener su triste existencia, los amos insultaban su pobreza ostentando lujosos trenes; mientras el jornalero veía morir de hambre y de frío á su esposa en el rincón de un hediondo zaquizamí, las cortesanas del rico lucían piedras preciosas con cuyo valor se hubieran sostenido muchas familias, y cuan-

do la catástrofe ha llegado, aquellos brillantes generales que consumían la mayor parte del presupuesto huyen, dejando en poder del enemigo armas, águilas, cañones, ametralladoras, ciudades y ejércitos, y cuando el pueblo, el pobre pueblo muere de hambre, los emperadores, las clases privilegiadas abandonan la Francia llevando consigo *millones*, y MILLONES, y MILLONES, que depositan en los Bancos extranjeros.

Y los pícaros rojos, que durante diez y ocho años han visto el pillaje organizado, que han comparado en silencio su suerte con la de estos aventureros, que desde la miseria subían rápidamente á la opulencia, que observan ahora la desproporción escandalosa entre unos y otros ciudadanos, entre unos y otros franceses, se valen de estos pretextos fútiles para gritar y proclamar la república. ¡Atrevidos!

¿Pues cuándo se ha visto cosa parecida?

Que se les ha robado, convenido; pero ¿qué importa eso? ¿Por ventura no han nacido para representar el papel de víctimas? Que se les ha engañado, conformes; pero ¿no son sus amos, sus señores naturales, los que se han dignado engañarlos?

¿De qué se quejan, pues? ¿Qué pretenden? ¿O es acaso que aspiran á ser de la misma naturaleza que los señores? Hasta ahí podrían llegar las cosas. Toma, ya lo creo; capaces son de suponer, como si lo viera, que un trabajador es tan ciudadano como un general; ¡qué horror! La sociedad se desquicia con estas ideas disolventes.



Por fortuna nuestra, en España las cosas pasan muy de otra manera, y si se exceptúan algunas ráfagas de viento huracanado que de otras regiones suelen llegar hasta nosotros, esto lleva trazas de durar lo suficiente para que unos y otros preparemos la salida á seguro puerto.

Ahí las sesiones de *La Internacional* dan algo que decir á los tímidos y traen algo asustados á los reacios: todo ello será nada si nuestras clases conservadoras saben mantenerse firmes y conjuran con ánimo sereno y con entereza las pretensiones de los demagogos.

Bien sé yo que hay quien dice que estas tempestades sociales se conjuran fácilmente adelantándose siempre á las exigencias razonables de la opinión pública; pero los que tal dicen desconocen por completo la índole de la historia y nada entienden en achaques de revoluciones.

Nuestras clases conservadoras lo entienden mejor: ¿qué quiere el cuarto estado? ¿Supresión de quintas? pues sigan las quintas. ¿Qué pretenden los pobres? ¿Abolicion de los consumos? pues adelante los consumos. ¿Qué solicita el obrero? ¿Disminucion del presupuesto? Pues arriba el presupuesto. ¿Qué pretende el bracero? ¿Aumento de salario? Pues abajo el salario. Este es el camino. Entereza, energía, contradicción constante, lucha perpétua y nada tendremos que temer.



Ahí tienen Vds., por ejemplo, lo que en el arsenal de Cartagena ocurre: la carestía de los géneros de consumo, la alza de los artículos de primera necesidad hacían insostenible la situación de los obreros. Algunos, menos peritos en el asunto, habrían tal vez

aumentado el salario; ¡funesto error! Detrás de este aumento habrían venido exigencias continuas y peticiones interminables. Otro, adoptando un término medio, habría sostenido los mismos jornales; ¡imprudencia perniciosa! Este rasgo de debilidad hubiera envalentonado á los obreros. Lo que el buen sentido aconsejaba era rebajar los salarios, y así se ha hecho: hace un año que los obreros de Cartagena perciben un real menos de salario. Así, así; el que trabaja que se aguante; precisamente lo que sobra en España son amigos del trabajo; de suerte que si daños en la flor de estimular y premiar al hombre laborioso, no vamos á saber qué hacernos con tantos trabajadores.

Pues, como digo, se disminuyó el salario, y por si no bastaba esto, se suprimió el trabajo del sábado, porque es bueno que se descansen algun día.

Dios, con ser Dios, tuvo que descansar. Y por añadidura se estableció un contador mecánico para que pudiese descontarse del salario excesivo la cantidad correspondiente al retraso de algun minuto en que el trabajador incurriera.

Esto es obrar como es debido; esto es prevision y prudencia; lo demás es andarse por las ramas y caminar á pasos agigantados hácia la más espantosa anarquía.



Debo decir á Vds. que los banquetes menudean. Almuerzos en Fornos, comidas en idem, cenas en los Dos Cisnes, y con esto y sobre esto, creacion de Casinos.

Los ministeriales no pueden quejarse.

Tendrán dentro de poco Tertulia progresista, Círculo de union liberal, Tertulia democrática y Círculo Victoria; aun en los momentos de abandono expansivo necesitan repartirse en cuatro grupos.

Adelante.

Esto se va, decia el orador carlista Aparisi y Gujarro pocos meses antes de la caída de Isabel de Borbon: en efecto, *aquello se fué*.

No hace muchos días que este profeta de desgracias dijo en el Senado: *Esto se hunde*.

Cabe en lo posible que acierte por segunda vez. Parece que *todos* tenemos empeño en darle la razón.

A. Sanchez Perez.

GASTRONOMÍA.

¡Caramba! ¡Carambita! ¿Saben Vds. que la primavera hace en la situación el mismo efecto que los ajenjos en nuestros estómagos?

Así es que lo mismo es llegar el florido abril, que ya se ven por esas calles bandadas de ministeriales con tamaño boca abierta, husmeando dónde habrá buenos lenguados, sabrosa ternera, succulento jamon, poético *Champagne*. ¡Oh! ¡A cuánto alcanza el patriotismo entre ciertas gentes!

¡Y qué ganas de comer se les abren á los condenados progresistas! ¿Qué será de este país y de sus libertades el día en que Fornos y Lhardy cierren sus establecimientos? ¿Qué será de la coalición que manda el día en que se rompa el lazo de la gula, que los une, los iguala y los hace olvidar sus diferencias?

No sé tampoco cómo hoy puede vivir uno de estos hombres importantes que tragan, y tragan, y tragan, como si tuvieran los estómagos blindados. ¡Oh vientres constitucionales! yo os admiro, yo os elogio, yo os envío desde aquí el *encurtido* de mi reconocimiento. ¡Alimentaos, comed, atracaos, embuchad vuestros cuerpos y luego!... (cualquier cosa). ¡Viva la libertad!

¿Necesita Vd. ocuparse de asuntos que le interesan, ciudadano contribuyente? ¿Necesita hablar al ministro H? ¿Al director X? ¿Al diputado Z? Pues no vaya Vd. al ministerio, no pregunte en la dirección, no acuda al Congreso, que no están allí por casualidad, como suele suceder. Esos señores están en L'hardy, ó en Fornos, ó en los Dos Cisnes, ó en Perona, ó en Palacio, ó.... en cualquier parte, siempre que en esa parte se coma.

La comilona, pues, la glotonería, es la política de hoy, es la idea contemporánea, que está en todas partes, en todas las oficinas, en todas las soluciones, en todos los proyectos.

Se come para celebrar un triunfo, para deplorar una derrota, para conmemorar un suceso triste.

Se traga, se devora, y al tragar y al devorar se agolpan á la imaginación los fusilamientos políticos, las coacciones electorales, las prisiones arbitrarias.

Allí, en la fonda, con las cabezas llenas de vino y los estómagos repletos de carne, se pide la consolidación de la libertad, el respeto á la ley, la justicia, el orden; pero no se pide más que allí, despues de haber destripado unas botellas de *Margaux*, despues de haber arrojado unas cuantas copas de *fine-Champagne*. Entonces se grita: unámonos, agrupémonos, ayúdemonos, sostengámonos, que todos somos unos tratándose de...

Y se ha comido estos días en casa de Becerra.

Se ha almorzado en casa de Rivero.

Ha habido gaudeamus en palacio.

Y quisieron reunirse unos cuantos diputados y señores para tratar acerca de los intereses de su provincia y.... almorzaron en Fornos.

Y quisieron celebrar tres docenas de jóvenes su advenimiento al Congreso, y comieron en los *Dos Cisnes* para demostrar á sus electores de cuánto son capaces.

Y quisieron derramar otros una lágrima al recuerdo de Prim y á la memoria de la expatriación, y la derramaron sobre los blancos manteles del ciudadano Fornos.

¿Qué más comilonas ha habido recientemente? No recuerdo bien. ¿Quién es capaz de retener en la memoria las ocasiones que durante una semana tiene el liberal morigerado, prudente, modesto y parco de engullir y más engullir por el bien de la patria?

Y no es esto decir que yo no comprenda cuán razonables son los motivos que obligan á estas gentes á engolfarse en un plato de vaca con judías.

Los jóvenes de la mayoría, por ejemplo, ¿cómo habian de celebrar la *extrañeza* con que algunos se encuentran hechos diputados de *bóvilis-bóvilis*, sin creerlo, sin pensarlo, sin esperarlo, sin merecerlo? Pues qué, ¿sale todos los días un diputado barbilampiño de los cubiletes de la política? ¿Se vé á menudo abandonar el Catecismo de Astete para representar en el Congreso los intereses de una provincia?

Comed, comed, angelitos, que en tanto sepais engullir sereis aptos para gobernar el país.

Comed y comed tranquilos, que para ser ministerial le basta á cualquier muchacho saber llamar descamisados á los republicanos, asesinos á los insurrectos de París, holgazanes y bribones á los honrados artesanos de *La Internacional*.

Y vosotros, los que os reunís en una fonda á deplorar el destierro que sufristeis con vuestro difunto jefe, engullid, manchad el libro de la Deuda española y los expedientes de los ministerios con las magras del jamon, y no tengais miedo á perder vuestros destinos, que un programa revolucionario se escribe en un periquete, y con hablar en él de las *orgías* de los Borbones, de la tiranía de los Calomardes y de los horrores de las repúblicas, ya teneis seguros los votos de los contribuyentes, y con los votos los destinos, y con los destinos las comidas de fonda.

Reíos de la frugalidad de los federales, escarnecked su modestia y corred desde la fonda al Congreso á llamarlos anarquistas, desorganizadores, antisociales, *enragés*...

Un progresista decia hace poco tiempo en una reunion:

—«¿Qué quieren Vds. que hagamos? Comemos, comamos, triunfamos y gastamos por aprovecharnos de la ocasion. ¿Quién sabe lo que nos durará la primera emigración que venga?...»

Me temo, pues, que en la próxima Exposición de pinturas no figuren más que bodegones si se ha de representar en ella el espíritu de la época.

Y no comprendo cómo á Figuerola no se le ocurrió poner en las pesetas revolucionarias, en vez de la España acostada, á un jamon con guantes blancos, y el lema de «viva España con honra» debajo del mismo.

En fin, vivir para ver... cómo comen.

CORZUELO.

PARA RECTIFICAR.

Que el ministro de Hacienda reúne cualidades físicas capaces de causar envidia á más de cuatro señoritas de esas que se embadurnan la cara para hacerla más aceptable, todos lo sabemos ya.

Que el ministro de Hacienda, en punto á economía política, es un señor que da ciento y raya á todos los habidos y por haber, ahí está para demostrarlo el progreso que el comercio y la industria han alcanzado con su presencia en el poder.

Que el ministro de Hacienda estudia las cuestiones todas profunda y concienzudamente antes de convertirlas en órdenes, ahí están para atestiguarlo las cien disposiciones acerca de las cédulas de empadronamiento.

Pero que el ministro de Hacienda es hábil, profundo político, amante de la justicia y enemigo de las murmuraciones en grado sumo, eso no lo sabemos, no lo sabia yo por lo ménos, hasta que la *Gaceta Real* de 19 de los corrientes se encargó de demostrármelo, si bien dejó la demostración á la parte no oficial de sus columnas, ó sea á la que podríamos llamar Sección recreativa, ó de variedades ó literaria, pero que habrá de titularse en adelante: Sección de rectificaciones.

Es, pues, el caso, que han corrido por ahí muchas versiones y miles de noticias acerca de los proyectos que se rebullen (digámoslo así) en la cabeza del señor Moret, proyectos, por supuesto, *financieros* (rentísticos, si Vds. quieren) y *económicos*.

Estas murmuraciones, estos chismes de vecindad han debido llegar también á orejas del señor ministro, y claro está que no habia de dejar pasar desatendidas esas murmuraciones, esas habladurías, y ha cogido la pluma, como hace el más ínfimo de los periodistas, y ha espetado en la sección no oficial de la *Gaceta* un suelto muy suelto, en que dice:

«Ninguna de las noticias que corren por ahí acerca de proyectos financieros (¿otra vez?) del gobierno es cierta; todas carecen de autenticidad. Sépase que el gobierno respeta...»

Yo no he querido continuar leyendo. Soy de los ménos exigentes; me basta saber que el *gobierno respeta* algo, y no quiero andar averiguando qué es lo que al gobierno infunde respeto.

Porque, no hay que dudar, un ministro no se pone á hacer rectificaciones á tontas y á locas, y cuando él nos asegura bajo su formal palabra que el gobierno respeta... ¡Vamos! El gobierno debe respetar algo sigilosa, cautelosamente, como Vds. quieran, pero el gobierno respeta.

De modo y manera que la rectificación está en su punto.

Pero se me ocurre una cosa: ¿Cómo el gobierno no rectifica algunas otras especies que andan por ahí de boca en boca? ¿O espera y se propone irlo rectificando todo poquito á poco?

En caso afirmativo, tarea tiene para largo. En caso contrario, no acepto la preferencia establecida por el ministro de Hacienda.

Porque yo he oído por ahí unas cosas del gobierno y otras que no le atañen, pero que son tan errores como las otras, que ¡ya, ya!

He oído decir que se va á subir el pan.

He oído decir que son más de treinta los artículos de la Constitución que se han violado.

He oído decir que se va á dar un golpe de Estado en pró de cierto candidato al trono.

He oído decir que estas Cortes acabarán como las de 1856.

He oído decir que la mitad de los diputados de la

mayoría no han reunido el mayor número de votos, según es necesario.

He oído decir que entre esta administración y la de 1853 no hay diferencia alguna.

He oído decir que la otra noche detuvieron los agentes de Orden público en el Prado á un ciudadano para pedirle la cédula de empadronamiento.

He oído decir que se ha muerto Fernando VII, lo cual no me parece cierto cuando miro el retrato de cierta persona.

He oído decir... No, no puedo continuar, porque ahora precisamente entraba la nota de las infamias que he oído estos días acerca de unos y otros, la relación de inmoralidades, el catálogo de las injusticias.

Por lo tanto, si el gobierno se mete á rectificar, que rectifique de firme; si no quiere rectificar las *diferentes versiones*, ¿á qué el suelto de la *Gaceta Real* de 19 de los corrientes?

Espero la rectificación de todas las versiones que corren por esos mundos, y si la *Gaceta* se dedica á las gacetillas, tengo el honor de proponer para gacetillero real á... ¿á quién propondré? Al marqués de Liédena, al conde de Cheste ó á Pepe Selgas.

Por si estas líneas llegan á tiempo de las rectificaciones, tengo el honor de anunciar al gobierno que, según se dice por ahí, «todo el mundo tiene ganas de verle desaparecer del poder y contemplar á los ministros en...»

¡Que rectifique eso!

LAMELA.

EL MINISTRO INMORTAL.

Pero, señor, ¿será desgracia la mía que no puedo separar ni un momento de mi imaginación el nombre del dignísimo ministro que está encargado de la Gobernación del reino (vamos al decir)?

Pues... nada, lo que se llama no poderle apartar un momento de mi memoria; eso me sucede á mí.

Y el día en que me descuido, el día en que por rara casualidad ni su nombre ha sido pronunciado por mi boca, ni recordado por mi pensamiento, ese día ¡oh, no hay remedio! ó me le encuentro entre los procelosos sueltos de un periódico, ó en la artística cubierta de una caja de fósforos. ¿Será suerte la suya? ¿Será desgracia la mía?

Así es que cuando la otra noche me decia *La Correspondencia* que algunos periódicos volvian á hablar de crisis ministerial, lo primerito que se me ocurrió, así de sopetón, sin poderlo remediar, fué preguntarme: ¡Santos y divinos cielos! ¿Si saldrá Sagasta?

Y no me llega la camisa al cuerpo, ni respiro con facilidad desde que la terrible palabra *crisis* se deja caer en las mesas del café de la Iberia.

Y no es que me afecte un cambio ministerial por las consecuencias del desorden, variaciones y demás que consigo trae, ¡no señor! Es que no me puedo reconciliar con la idea de ver á Sagasta abandonar el sillón dorado.

Yo veo en Sagasta la reproducción del Washington que plantó el estandarte de la libertad en la América septentrional; yo le creo el firme sosten de nuestros derechos, la garantía de nuestra prosperidad, la prenda querida de nuestras conquistas; y creyendo todo esto, aunque Vds. crean lo contrario, ¿cómo he de resignarme á verle desaparecer del poder?

¡Oh! Y de tal manera me he acostumbrado á hermanar el nombre de Sagasta con la palabra democracia, que no creo que pueda haber en España proyecto democrático alguno á que el nombre del ministro no vaya unido.

Yo creo que me acometería un síncope si llegara á mis manos una candidatura de ministros en que no figurara dicho bello sugeto.

Así es que me sucede siempre que viene uno y me dice:

—«¿Sabe Vd. que se forma un ministerio exclusivamente unionista?»—¡Vamos! (respondo) ¡Ya sé! Sagasta, Ulloa, Ayala, etc.

O me dicen: «¿Sabe Vd. que los demócratas se hacen dueños del poder?» Y contesto:—Bien, quiere decir que quedarán Sagasta, Rivero, Martos, Rodríguez, etc.

O me anuncian: «Pues señor, se quedan solos los

LAS TARDES DE LA CÁMARA.



—Son las dos en punto: se abre la sesion.

*Este Presidente,
si que nos afecita
sin agua caliente.*

Palabras de Olzaga, hablando de Rivero, con un amigo ruso.

progresistas.» Y digo:—¿Sí? ¿Con que es decir que Sagasta, Ruiz Zorrilla, Figuerola, etc.?

El otro día me decía en secreto un carlista: «Vamos á dar el golpe de gracia á la situación, El día tantos nos echamos á la calle; todo está preparado; damos la gran sorpresa; formamos gabinete, y...—Sí, interrumpí, ya presumo de qué gente echarán ustedes mano; de Sagasta, Aparisi, Necedal, Ceballos, etc.

Al poco rato encontré á un correligionario mio y me dijo: «Hay que tener ya preparados los ministros de la república. ¿Quiénes serán?»—¡Oh! Hay donde escoger, repliqué. Ahí están Sagasta, Figueras, Pi, Orense, etc., etc.

Calculen Vds. por todo esto la intensidad de mi afición hácia D. Práxedes.

Y es que yo creo que este señor se parece á los números *ceros* en que pueden sumarse con cualquier cantidad sin aumentar ni disminuir el valor de la misma.

Y no es esto llamar cero al ministro eterno, que ya sé yo que él sabe lo mucho que vale y por lo mismo se adapta á todas las circunstancias.

Y le creo (lo digo de todas veras) un buen liberal y un buen perseguidor de la libertad; un buen conspirador y un buen policía; un buen anarquista y un buen moderado... ¡Oh! ¡Si vale!

Por eso me acongojo cuando oigo la palabra crisis.

Yo confío en que no habrá partido político que se quiera tan mal que olvide á Sagasta el día del triunfo; pero ¡no lo puedo remediar! cuando oigo: ¡Que viene la crisis! la duda me acomete, la zozobra me ahoga, y pregunto con afectado acento de confianza:

—¡Por supuesto, que quedará de ministro Sagasta!

Y ¡cosa rara! no seré yo solo el apasionado en la cuestión, cuando á voz en coro me contestan todos:

—Hombre, ¡no faltaba más!

En fin, yo quiero que luevan sobre mi patria plagas sin cuento, que vuelva doña Isabel, que nos gobierne un rey extranjero, que nos manden los pro-

gresistas, que triunfe D. Carlos; pero ¿perder de vista á D. Práxedes Mateo Sagasta? ¡Oh! Eso, ¡nunca! ¡nunca! ¡jamás!

Será ridículo este cariño, será exagerado, será afectado, todo lo que Vds. quieran, pero existe almacenado en el fondo de mi corazón y unido á otros cariños por el estilo.

¡No lo puedo remediar, vamos!

ECOS DE UNA CÁMARA.

Mal año para Emilio Castelar, ese vocinglerillo de tres al cuarto, de quien sus aduladores se atreven á decir que es una gloria nacional.

Y todo, ¿por qué? Vamos, ¿á ver por qué?

Pues nada, porque ensarta ahí mal hilvanadas cuatro vulgaridades, mil veces repetidas por otros y por él mismo; porque suelta cuatro lugares comunes de esos que halagan á las masas, y páre Vd. de contar. Y por eso, solamente por eso, aplausos, y gritos, y enhorabuenas, y qué sé yo,

Habla él y las tribunas se llenan, y las señoras solicitan papeletas, y el cuerpo diplomático en masa asiste, y los diputados abandonan el salón de conferencias y el gabinete de lectura, y olvidan la política de pasillos para ocupar los escaños, y los periodistas se disputan la tarjeta, y en la reducida tribuna pública se aglomeran ociosos hasta llenarla de bote en bote, y otros tantos ociosos esperan su vez para penetrar en el Congreso agrupados cerca de esa especie de *chiquero* que delante de la puerta existe.

Después habla, y como si hablase el oráculo: unos aplauden, otros encomian, y los publicistas se admiran, y el discurso se imprime y circula, y se devora en España, y pasa la frontera, y se traduce al francés,

al inglés, al alemán y hasta al ruso: sí, señor, hasta en ruso puede leerse hoy una oración de Emilio Castelar.

Vamos, digo á Vds. que esto no puede tolerarse: afortunadamente, aquí estoy yo para dejar las cosas en su punto y dar á cada uno lo que le corresponda: pues no faltaba otra cosa.

Castelar, Castelar, y ¿qué es Castelar?

Un pobre hombre, que ni sabe lo que dice, ni entiende lo que habla.

Su elocuencia callejera será muy buena, no lo niego, para alucinar á las *turbas inconscientes*, que así aplauden lo bueno como lo malo, y que tanto mejor les parece un discurso cuanto menos lo entienden; pero en el Congreso, ¿qué vale esa palabrería? Y sobre todo, ¿qué vale si se compara ¡comparacion local con la del divino Práxedes?

Ese, ese es el verdadero orador parlamentario, y el que otra cosa afirme no lo entiende.

Soberana, más que soberana fué la lección que el señor ministro dió al diputado federal en la sesión del jueves. Aquello fué hablar, aquello fué conmover, aquello fué pulverizar al pobre Emilio; ¡ay! ¡compasión me inspiraba el desdichado!

Ya lo anunció el señor ministro al comenzar su discurso en una bellísima alegoría, que por desgracia fué demasiado corta: solamente duró veinticinco minutos; ¡lástima!

«El Sr. Castelar—exclamó D. Práxedes—ha olvidado que *estoy yo aquí* para desvanecer sus errores.»

Sí, debió haberlo olvidado cuando se atrevió á decir lo que dijo; pues si Castelar hubiera tenido presente que le escuchaba D. Práxedes, y que *estaba allí, detrás de las nubes*, para lanzar contra él los borbotes de sus manoteadas frases, ¿cómo ni cuándo hubiera osado afirmar que se había ejercido coacción en las últimas elecciones?

Desgraciadamente para él, Emilio Castelar no tuvo en cuenta que *Sagasta estaba allí*, y dijo que los abusos eran inauditos, que los atropellos no podían con-

arse, que las coacciones, los cohechos, las violencias excedían á cuantos se han visto hasta el día: y Sagasta entonces dijo que nada de esto había ocurrido, y ni aun quiso descender á demostrarlo: ¿para qué? En primer lugar, bastaba y sobraba con que él lo dijera, y despues, que no han existido abusos está en la conciencia de todos.

Y cuántas cosas abarcó el discurso del señor ministro, interrumpido frecuentemente por los aplausos de la mayoría: él deploró los excesos de la *Commune*; él denostó á los rojos; él predicó á los curas; él dijo que nada había *tenido que ver* con Isabel II—cosa que hizo sonreír al general Serrano;—él dijo que Emilio Castelar no creía en la revolucion, y él dijo, por último, que deseaba dejar el poder; que no lo haría hasta que encontrase digno sucesor, cosa que en su concepto debe de ser difícil, *deduciendo* de esto la legalidad con que se ha procedido en las elecciones.

Nada quiero decir de las definiciones nuevas que exso de la palabra ley y de la palabra anarquía; nada tampoco de las conmovedoras frases con que anunció la guerra civil; solo haré observar, como prueba de su modestia excesiva, que cuando podría haber encontrado en su inteligencia superior argumentos que anonadasen á su desdichado adversario, tuvo lástima de él y no adujo razones, limitándose á repetir relativamente al contubernio nefando varias frases que había oído sin duda pocos momentos antes al repartidor de *La Iberia*.

La mayoría aplaudió con frenesí la terminacion del discurso, no sé de cierto si por lo que en él se había dicho, ó si para celebrar que se concluyese.

No, á buen seguro que despues de esta leccion severa no han de quedarle ganas á Emilio Castelar de volver á las andadas.

Pues qué, ¿no hay sino hombrearse con oradores de esa talla?

Estábamos frescos.

Uno.



D. Amadeo revistó hace tres dias á una brigada de cazadores.

Los diarios ministeriales se entusiasman al referirlo.

Yo tambien me entusiasmo y recuerdo que ya han pagado al monarca la mensualidad de abril.

Esto y la revista siempre es edificante.

De manera es que no sabe uno de qué puede hablarse en las Cortes.

Se dice que los empleados han cometido abusos, y levántase Cristino Martos, llena de aire su cavidad torácica, inflase y prorrumpe en exclamaciones de indignacion y enojo.

Se habla de los jefes militares que llevan á votar á soldados menores de edad, y el general Serrano, olvidando su estudiada parsimonia, se descompone y afirma que el ejército es lo más *puro* y *sano* que hay en España.

Se habla de historia, y el *embajador nato*, hoy presidente de las Cortes, llama al orden al orador.

Las áuras del poder hacen cada vez más exagerada la susceptibilidad de estos hombres públicos.

¡Caramba! ¡Y pensar que todavía han de oír cosas más desagradables!

¡Pobrecillos! ¿No valdria más abandonarlos á sus remordimientos y á... *sus sueldos*?

Gaspar y Roig se ha servido remitirme el libro de Julio Verne, titulado *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

La traduccion me parece bien hecha, y hay en la obra multitud de grabados.

Muchas gracias.

¡Ay, si yo supiese que haciendo el viaje no escucharia los discursos de Sagasta!

Pero esto no es posible; aun en mis sueños me persiguen aquellos brazos que suben y bajan y van y vienen.

Siempre se me figura que á Práxedes se le ha roto algun fornillo.

Los progresistas son voraces. Sagasta por comer, se come todas las últimas frases de sus períodos.

¡Le digo á Vd. que es un horror!

La Constitucion escribe: *Enseñemos al que no sabe*. Hombre, el propósito me parece caritativo, pero la forma no me parece excesivamente modesta.

El discurso de Castelar no consiguió agradar á *La Iberia*.

Ya sabia yo que era muy bueno, pero la verdad, no creí yo que hubiera merecido tanto.

¡Afortunado orador!

La Constitucion publica en su quinto número un articulo con este epigrafe:

«El rey del ejército.»

Ya había publicado antes otro con este lema:

«El rey del pueblo.»

Parece, pues, que el ejército y el pueblo son dos cosas distintas.

Ahora falta un tercer artículo que se titule:

«El rey del clero.»

Desde que Ruiz Zorrilla se ha dejado seducir y comer en Fornos, estoy alarmado.

¡Ay, sospecho que han pervertido un poco al aseta del Escorial!

¡Librenos Dios de las malas compañías!

Háblase de la destitucion del director del Observatorio astronómico.

Para sustituirle he oído decir algo de un sócio de la Tertulia progresista.

Como asunto muy interesante, bien que nada tenga que ver con la política, recomendamos á la humanidad doliente un folleto escrito por el licenciado D. Antonio Negro y Fernandez, y que se titula *Catálogo razonado de las aguas minerales naturales, nacionales y extranjeras*, que se expende en la oficina de farmacia de D. José María Moreno, calle Mayor, núm. 93.

Como los folletos se facilitan gratis, y como hay en ellos explicaciones para emplear de un modo conveniente las aguas, creo que la cosa no tiene *pero*.

Esto es ménos divertido que un banquete progresista; convengo en ello; pero convengan Vds. conmigo en que es mucho más interesante.

Cuando el comedido D. Práxedes increpaba á los sacerdotes en la sesion del juéves, discurría yo para mis adentros: «Si por un acaso, y contra los deseos de S. E., continuara siendo ministro el antiguo redactor de *La Iberia*, llegaría el caso, yo lo creo que podría llegar, en que la orden del día se anunciase de esta manera: «Orden del día para mañana: continuación de los asuntos pendientes: se presentarán dos toros de punta de las mejores ganaderías: habrá despues un divertimento de mogiganga, y por último se lidiará un presbítero para entretenimiento de los aficionados.»

La abundancia de original nos impide, por hoy, dar cabida á ciertas consideraciones *morales* sobre instrucción pública, dedicadas al ministro de Fomento.

Algo hay en ese trabajo sobre la escuela de arquitectura.

Y algo también sobre ciertos grados conferidos en Murcia.

Ya verán Vds. cómo vamos á divertirnos.

Thomas Price anuncia para el 29 del corriente la apertura de su circo.

Parece que ha contratado á los célebres hermanos Hanton Lees, que han llamado mucho la atención del público en Lóndres y en París.

Yo no sé si aquí la llamarán.

Ya se vé, despues de haber *visto* hablar á Sagasta.....

Un diario de noticias, al dar cuenta de la enfermedad de Napoleon, le llama *ilustre* expatriado.

Si se tratase de un rojo, muy diferente seria la manera de tratarle.

¡Ilustre! Digo á Vd. que me ha hecho gracia.

¡Ilustre! Vamos, si no dejo de pensar en ello.

¡Ilustre! ¿Se quiere Vd. callar?

El general Concha se ha presentado á D. Amadeo. Pues, la verdad, si yo fuera rey no las tendria ya todas comigo.

Es general parece un saludador.

Háblase de un beneficio en la Alhambra para Marcos Zapata, autor de *La capilla de Lanuza*. Me alegro.

Y eso que, francamente, poco merece un escritor que ni siquiera es oficial de secretaria.

Es poeta; ¡bah! y ¿quién se contenta hoy con ser poeta?

En los Doks se acuartelarán un regimiento de artillería y un batallon de cazadores.

Bueno, ¿y qué?

Y dijo Blas... esto es, *¡La Iberia!* «¿No es verdad Sr. Castelar, que el provocar ciertas escenas ruidosas no es propio de hombres que por públicos y por hombres de Parlamento se tienen?» Es delicadísima esta censura dirigida al Sr. Olóza-ga, promovedor único de los ruidos á que se alude.

Querria yo saber qué cara había puesto Sagasta al leer en *su periódico* las líneas anteriores.

Lo digo porque como el señor ministro promovió media docena de escándalos...

No, y esto es ya costumbre en S. E.

Valiente *braceo* le habrá caído encima al incauto cronista de *La Iberia*.

Qué diablo, con amos tan originales tiene uno que andarse con piés de plomo.

Concluye la suscripcion nacional para erigir una estatua al divino Mateo.

NOMBRES.	ESCUDOS.
Suma anterior.....	0,942
Roche, maestro de obra prima (Cartagena).....	0,050
Un relojero.....	0,006
P. L. (Valdés).....	0,002
TOTAL.....	1,000

Obtenida ya la fabulosa cantidad de un escudo, que supera con mucho á cuanto en nuestros sueños habíamos imaginado, y despues de dar las más expresivas gracias á los buenos patriotas que han secundado tan admirablemente nuestro propósito, damos por terminada la suscripcion.

Muy en breve, y para que en todo lo relativo á este asunto haya la debida publicidad, publicaremos las condiciones del concurso, para que todos los artistas nacionales y extranjeros puedan presentar proyectos, y un jurado nombrado al efecto escogerá el que le parezca más propio del caso.

Hasta entonces, gracias á todos, y gracias á Dios, cuyo auxilio tan ostensible se ha manifestado en nuestra gran obra.

CHOCOLATES SUPERIORES
DE LA
COMPANIA ESPAÑOLA
GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR
MADRID.
PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS.

El establecimiento industrial de la COMPANIA ESPAÑOLA reúne de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate, tales son las circunstancias que más resaltan en la fábrica de la ESPAÑOLA. Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS. La fábrica puede visitarse libremente.

LA ESPUMADERA DE LOS SIGLOS

POR ROBERTO ROBERT.

Se han publicado las entregas primera y segunda, que contienen: *Introduccion. El dinero de la Iglesia. La Honestidad. Los Cruzados.* Dirigirse á D. J. E. Morete, editor, calle de las Beatas, 12, Madrid, y principales librerías. Remítanse DOCE REALES, importe de la obra.

MADRID: 1871.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.